

ALFREDO JIMÉNEZ NÚÑEZ: *IN MEMORIAM*

POR ENRIQUETA VILA VILAR

Estamos reunidos esta tarde para rendir un justo y algo tardío homenaje a dos académicos de esta Casa: Alfredo Jiménez Núñez y José Manuel Rubio Recio. El primero murió en diciembre de 2016 y el segundo al año siguiente. Desde aquí mi más emocionado recuerdo para ambos y para sus compañeras de toda la vida, Beatriz y Cuca, que se fueron antes que ellos y los dejaron en una triste orfandad que no superaron.

Quiero agradecer a nuestro Director que tuviera en cuenta mi petición de intervenir esta tarde para dedicar unas palabras a Alfredo Jiménez, amigo de tantos años y compañero de profesión y de Academia. Para hablar también de él está con nosotros Elías Zamora su discípulo y que conoce su obra y su trabajo en la Universidad, en el Departamento de Antropología, mucho mejor que yo. Por eso me voy a ceñir a recordar los años que fuimos compañeros y a su labor en esta Academia.

Conocí a Alfredo allá por el año 60 del pasado siglo cuando era alumna de D. José Alcina Franch, el gran maestro de la antropología en España. Acababa de llegar de una larga estancia en los EEUU y se incorporó como primer ayudante del profesor Alcina. Era muy joven, de mi misma edad más o

menos aunque yo estaba aún como alumna porque me incorporé a la Universidad unos años tarde. Me pareció enseguida un hombre cercano, tolerante, con un perfecto inglés, algo envidiable para nuestra generación, y muy atento con los alumnos. Coincidimos después en la misma Universidad los años en que yo ejercía de ayudante de clases prácticas del profesor Morales Padrón y entonces fue cuando conocí a Beatriz, su mujer. Nos hicimos muy amigos y viajamos algunas veces juntos. Recordaré siempre un viaje a París a finales de los años 60 o principio de los 70 a un Congreso de Americanistas, en el que nos acompañaron también Bibiano Torres y Salud, fallecida también recientemente, y Juan Collantes de Terán y Mari Carmen. Con un personal tan variopinto, las anécdotas se sucedían unas a otras. Luego, nuestros caminos se separaron, pero aunque nos veíamos menos, nuestra amistad siguió siempre viva. Alfredo estuvo separado de su tarea docente durante la preparación de la Expo, cuando D. Manuel Olivencia, entonces Comisario de la muestra, se lo llevó con él como responsable cultural. Yo entonces también me había alejado momentáneamente de la investigación para ejercer como Concejal del Ayuntamiento, pero como digo, nuestra relación estuvo siempre viva.

Por eso cuando, en 1996, llegué a esta Academia, una de mis mayores satisfacciones fue tenerlo como compañero. Aquí nos vimos muchos viernes durante bastantes años y aquí pude disfrutar con más profundidad de sus conocimientos, su bondad, su talante de diálogo y tolerancia, su templanza y ecuanimidad y sobre todo del afecto mutuo que nos profesábamos.

Leyó su Discurso de ingreso en esta casa en 1995, un año antes de que yo llegara aunque él fue elegido unos años antes. El título, “América mil y mil veces descubierta”, fue contestado por el profesor Olivencia y ambos están publicados en nuestro Boletín *Minervae Baeticae* correspondiente a 1995. En él se adivina ya lo que sería luego su trayectoria. Era un texto entre literario e histórico de un tema muy conocido y vivido por él. Creo que su ingreso en esta Academia marcó bastante su línea posterior de escritor, historiador y antropólogo.

Sus disertaciones en las Juntas fueron siempre orientadas en este mismo sentido como indican los títulos que elegía para ellas: “Sobre el tiempo y la condición humana: reflexiones de un pequeño antropólogo” (5-10-2001) (*Minervae Baeticae*, 2002, 30). “El Gobernador está triste... ¿qué tendrá el Gobernador?” (*Minervae Baeticae*, 2007, 35). “Lengua, cultura y estereotipos nacionales: juegos de palabras desde la antropología” (20-2-2009) (*Minervae Baeticae*, 2009, 37). “¿Es posible, es bueno, un mundo sin fronteras?” (28-5-2010) (*Minervae Baeticae*, 2010, 38).

Como se puede observar por ellos y por su contenido hay varias constantes que están siempre presentes en su interés literario e investigador: la antropología -su principal obra en este terreno es *Biografía de un campesino andaluz-*, la frontera, el tiempo, la lengua y el relato. Por eso se inclinó al ensayo y la novela. En su primera salida como novelista quedó finalista del premio Andalucía de novela de 1996 con *Las dos orillas de un sueño* y pocos años más tarde tuvo el honor de hacer la presentación de su segunda novela *El amante de la frontera*, una especie de relato histórico del avance español en Nuevo México en el siglo XVIII, mucho antes de que los americanos protagonizaran lo que luego convirtieron en su epopeya de celuloide del avance hacia el oeste. Todos los rasgos del mejor western están descritos en ella con personajes más o menos ficticios pero históricos. Todo ello desarrollado en un contexto que él conocía muy bien. Nuestro compañero Ismael Yebra, que publicó un muy sentido artículo en *Diario de Sevilla* tras el fallecimiento de Alfredo, describe muy bien sus conocimientos en este sentido y lo titulaba *Muerte en la Frontera*, como otra novela que se le quedó sin escribir. Es muy raro que un etnólogo e historiador triunfe en el mundo de la literatura, pero el se movía de uno a otro campo, con soltura extraordinaria.

Muy poco después de morir Beatriz, le fue detectada una enfermedad seria. Superó con toda serenidad y dignidad la primera etapa y parecía que estaba curado. Seguía animoso, asistiendo a la Academia y su última disertación “El comisario Galván, entre Sevilla y Tanger” (19-6-2015. *Minervae*

Baeticae 2015), nos da idea del ánimo que siempre tuvo. Pero la enfermedad inmisericorde le volvió a atacar y se lo llevó en poco tiempo.

Su recuerdo siempre será la de un hombre silencioso pero jovial, serio pero alegre, elegante de espíritu pero cercano a los demás e interesado por todo como buen antropólogo. Fue un gran esposo y un buen padre. Y fue también un gran amigo y un ejemplo a seguir.